

fuése; así que, ante que medio día pasase hobiera andado mas de quince leguas, sino por un embargo que le acaesció, según que lo oiréis. El caballero á quien firió é non derribó, llamó á grandes voces santo Sepulcro é dijo: «Ay caballeros, qué mal sois engañados si este turco se va en salvo!» E el duque Gudufre estaba cerca, é oyó muy bien aquello que el caballero decia, é fué luego para él é fallóle muy desmayado, é facia luna clara, é preguntóle qué habia, é díjole que se iba un turco cuanto podía, é que creia que iba por acorro al Soldan, é que le matara á su compañero, é cómo justara él con él, é se fuera, é que traia buen caballo, é que por todo eso creia él que era hombre esforzado é atrevido.

CAPITULO XXXIV.

Cómo Gudufre siguió á Cornomaran.

Cuando el Duque entendió aquello que decia el caballero, hobo gran pesar é juró que iria en pos del turco, é que non le dejaria por saber perder la cabeza, é fué luego en pos dél; é Cornomaran iba delante é llegó á la ribera, como lo dijiera á su padre, é tañó luego el cuerno; así que, lo oyeron luego en Hierusalen é por toda la hueste; é fué muy alegre el rey Orbagan, que estaba escuchando en la torre de David; cuando lo oyó, conoció que su fijo era ya en salvo, é todos los de la villa otrosí, cuando lo supieron, hobieron placer; mas el caballero que oistes que se encontró con él, fuése para la hueste dando voces, é encontróse con Tranquer que andaba rondando la hueste, é díjole: «Señor, Gudufre va en pos de un turco que salió de la villa, por alcanzarle.» E Tranquer hizo tañer un cuerno pequeño, que era entr'ellos señal de rebate, é cabalgaron los caballeros apriesa é llegaron allí do estaba Tranquer, é Tranquer fuése luego con los primeros que llegaron, é dijo á los otros que guardasen la hueste; é fuése en pos del Duque, é dijo que non pararía fasta que le fallase, vivo ó muerto.

CAPITULO XXXV.

Cómo se encontró Cornomaran con Baldwin.

Después que el rey Cornomaran tañó el cuerno, así como ya oistes, cabalgó toda la noche fasta el alba del día; é en pasando la ribera, encontróse con el conde Baldwin, que venia para la hueste, ca habia enviado por él el duque Gudufre, é venia en un su caballo persiano muy bueno, é habia nombre Persinante, é traia mil é quinientos caballeros, é vió venir por un rucuesto á Cornomaran, é queria pasar un valle pequeño, é Baldwin apartóse de su gente é salió adelante á Cornomaran, al cual pesó mucho con él, porque venia con su compañía en pos dél, é dió de las espuelas, é fuése de tal manera, que parecia falcón; é Baldwin dióle voces que non se le iria si Dios guardase del mal á su caballo Persinante. Estonces comenzaron á correr los caballos á porfia é levantóse el polvo; mas el caballo de Cornomaran, como habia andado toda la noche, fuése llegando el caballo de Baldwin muy cerca ante que el sol saliese, é Plantamor comenzó á sudar é enflaquecer; é cuando lo vió Cornomaran, en corriendo esfríole las orejas, é el caballo cobró el resollo, é dióle voces

Baldovin; é Cornomaran tornó la cabeza é vió que venia solo, é tornó el caballo, é fuéronse á ferir ambos; é Baldwin firió á Cornomaran en el escudo; así que, gelo fendió, mas non le pudo pasar la loriga; é quebróle la lanza en los pechos, é tóvose tan bien, que non lo pudo derribar; é Cornomaran firió á Baldwin con la caña; así que, le falsó el escudo é la loriga, é pasóle el fierro cerca el costado, é dijo estonces: «Santo Sepulcro, val.» E cuando sintió que tal golpe le diera, hobo gran pesar, é sacó la espada, é ante que Cornomaran lo viese, extendió el brazo con la suya, é dióle tal golpe sobre el yelmo, que cuanto alcanzó la espada todo gelo tajó fasta la carne; de manera que si el golpe entrara derecho, le hobiera muerto; é dijo Cornomaran que bien sintiera el golpe, é que dado le habia galardón del que le diera con la caña; pero, aunque era moro, non le ternia ya por cobarde, é que no pensase que era tan medroso, que fuyese por un cristiano, é que en mal punto pasaron la mar los enemigos que pensaban vengar á su Dios, é que si él tornase de Persia, que todos los cristianos serian destruidos. Cuando Baldwin oyó que el turco iba por acorro, díjole que le dijese quién era. Dijo Cornomaran que le placia, con tal condicion que él le dijese tambien el suyo; é Baldwin otorgógelo, é Cornomaran después díjole su nombre, é cómo era fijo del rey de Hierusalen; é Baldwin díjole otrosí el suyo, é cómo era conde de Roax é hermano del duque Gudufre; é díjole: «Tú eres de gran sangre, é Gudufre será rey de Hierusalen, é yo lo sé por cierto, é ¿tú me conoces? Di.» Estonces dijo Baldwin que si le conocia por el nombre; que él pasara la mar, como palmero, por matar al duque Gudufre, si se le hobiera aderezado. Estonces dijo Cornomaran que verdad era.

Más dejemos agora esto, é tornemos á nuestra lid. Estonce Cornomaran púsose el escudo é arremetióse á Baldwin, é hobírale ferido muy mal, si no fuese por la compañía de Baldwin, que vió venir muy acerca é á mas andar, é vió que non era su provecho esperar mas; é dió de las espuelas al caballo, é tomó la carrera hácia la ribera, é Baldwin fué tras él; é Cornomaran encontróse luego con el rey Arquinals, que traia bien siete mil caballeros armados, moros, é andaban por la ribera guardando la tierra, é cuando lo vió, conociólos por la seña que traia, é llamó á grandes voces ¡Hierusalen! E ellos, cuando lo oyeron, vinieron luego corriendo, é vieron su señor que traia la espada en la mano é el escudo quebrado é el yelmo partido, é que le corría la sangre de la cabeza, é fueron muy desmayados é derramóronse contra Baldwin, é iba Cornomaran delante; é Baldwin, cuando aquello vió, tornó el caballo é fuése á su compañía; é Cornomaran dábele voces, diciéndole que por Dios muerto era, é que mucho anduviera adelante, tanto, que tarde era ya para repentirse; que ante de la noche le cortaria la cabeza. Baldwin oyó aquello, é respondióle que ante se vendría muy earamente que él aquello hiciese, é que si Dios le quisiese ayudar, que poco preciaba sus amenazas; entre tanto llegó su gente por un valle adelante, é desque llegaron, en uno fueron á ferir en los turcos muy de recio; así que, en su venida mataron muchos dellos; é Baldwin habia tomada una lanza á un turco

de los que habia muerto, é fué á ferir con ella á Cornomaran, é dióle tal golpe, que dió con él en tierra, é fué á tomarle el caballo é pensóle levar; mas acorrió el rey Arquinals (1) é calorce turcos con él, é fuéronlo á ferir todos de manera, que le levaron el escudo, é así le quiso Dios guardar, que no le mataron ni derribaron; é dejó el caballo Plantamor, é firió á un turco que decian Serráin de Valdorado, é hendióle con la espada todo fasta los pechos, é un turco tomó á Plantamor é diólo á Cornomaran, é él cabalgó en él con muy gran saña; é comenzó de escalar, que hacia el sol muy claro, é de la gran calor que hacia, estaba la tierra quebrada con grandes resquicios, é apróvechó mucho á los cristianos ante que saliesen. E desta forma se comenzó la batalla entre estos dos; mas, porque los turcos eran muchos, ca venian de las montañas, é crecia la gente, conoció Baldwin que non podrian sufrir la multitud é acabillado los suyos, é hobírase ido para la hueste, si fallara camino; que los turcos los habian fecho desviar dél á sabiendas; é acometiéronlos de todas partes, é afanzáronles azagayas é dardos é aquejaronlos muy fuertemente, é dijo Cornomaran á grandes voces á los suyos que non escapasen. Cuando Baldwin aquello vió, hobo muy gran pesar é pudiérase él ir si quisiera; mas non quiso dejar su gente, é llamólos é díjoles que ficiessen de sí una muela é non se partiese el uno del otro, é se esforzasen é recibiesen lo que Dios les quisiese dar como buenos caballeros; é que si fasta la noche pudiesen detener, que después non darian nada por ellos; estonces corrieron en uno todos ayuntados fasta unas peñas, é vieron hí un castiello viejo, é habia cerca dél un carrizal, é la tierra era resquebrajada de grandes resquicios, en que habia muchas sanguijuelas, que salieran del agua por la gran calor, é metíanse en aquellos resquicios porque habia friura, é estaban en ellos escondidas. E cuando vió Baldwin el castiello, dijo á sus compañías que entrasen en él, é él que quedaria defuera é entraria en aquel carrizal, é mientras que los combatesen los moros, que iria él por acorro á la hueste, que los turcos non le podrán alcanzar, porque traia buen caballo; é ellos otorgáronlo así, é fuéronse para el castiello, por razon que los cercasen los moros allí dentro.

CAPITULO XXXVI.

Del acorro que hobo Baldwin.

Cuando los cristianos llegaron á la entrada de aquel castiello do se habian de meter, ante que entrasen dentro dieron vuelta sobre sí, é hicieron arredrar de sí los moros bien quanto será un buen trecho de ballesta; é Baldwin fuése estonces á meter en el carrizal, é cuando le sintieron las sanguijuelas, salieron de los resquicios é trabaron al caballo por las piernas é por el cuerpo muy fuerte fasta do alcanzaron, é el caballo defendiéndose con las dientes lo mejor que él podia; é los turcos combatieron á los del castiello, é los cristianos defendianse muy bien, que les hicieron los turcos poco daño, porque no habia el castiello mas de una entrada, é demás que le cercaba el carrizal todo en derredor, é allí estaba escondido Baldwin, mas aquejábanle

(1) En el impreso *Orquinals*; en otras partes *Arquinals*.

las sanguijuelas é teníanle en el punto de muerte; é tantas fueron sobr'él, que le entraron por las mánegas de la loriga, é parecíale que le punzaban con agujones, ca mas le ficieran de cien llagas, é sacáronle la sangre del cuerpo, de manera que fué gran maravilla á que no le mataron, mas quisole Dios guardar, é non murió dello. Cornomaran llamó entonces al rey Arquinals é díjole: «En aquella fortaleza del castiello no entró un cristiano que me hizo hoy muy gran embargo, é es señor de todos estos otros, é sé ciertamente que está en aquel carrizal, é pongámosle fuego;» é ficiéngelo poner, é comenzó de arder el carrizal. E Baldwin, cuando lo vió, rogó á Dios que le guardase é le amparase de aquel peligro del fuego é de las sanguijuelas; é las sanguijuelas, en dándole el fumo del carrizal, cayéronse todas, é Baldwin salió del carrizal, é fuése cuanto el caballo lo pudo levar; é Cornomaran vió cómo se iba Baldwin, é llamó á los turcos, é fueron en pos dél. E el caballo de Baldwin enflaquecía mucho, por la sangre que salia por las llagas que le ficieran las sanguijuelas. Cornomaran veniale ya muy cerca; así que, non pudiera escapar Baldwin, si non fuera por el duque Gudufre, su hermano, que le apareció con su gente, é venia en pos de Cornomaran, así como habeis oido; é Cornomaran, así como habia llegado tan adelante ante que los viese, que si un poco hobiera mas llegado al alcance, se confrontara con ellos; é cuando los vió tan acerca, tiró la lanza á Baldwin, é dijo: «Cristianos, al diablo vos encomiendo;» é tornóse para los suyos, é díjoles que procurasen de guarescer, que allí venian los cristianos, que eran gran gente; é él dió de las espuelas al caballo, é fuése quanto mas pudo; é los otros turcos, que estaban combatiendo á los cristianos que eran en el castiello, vieronlos, é derramóronse á todas partes; é en esto llegó á Baldwin el duque Gudufre é los otros que venian con él, é halláronlo que todo corría sangre; é el Duque, cuando vió así á su hermano, fué muy triste é muy sañudo, é quisole preguntar cómo venia así, mas dió él voces que fuesen acorrer á su gente, que estaba arriba en el castiello combatiéndose con los turcos, é fueron allá luego é mataron quantos turcos fallaron; é salieron fuera los que estaban en el castiello, é maravilláronse mucho cuando vieron arder el carrizal, é de las muchas sanguijuelas que habian salido dél, de que estaba toda la tierra cubierta, é tornáronse para Baldwin é falláronlo amortecido, é su caballo acerca dél, que non se movia; é el Duque tomó su hermano é alzólo en pié, é comenzó de llorar, é dijo: «Ay Hierusalen, tanta culpa nos faces sufrir! por tí perdí mi hermano, que non hay ya en él conhorto.» E Tomás de Merle traia una nómina muy buena, é púsogela al cuello á Baldwin, é levantóse luego en pié, é hicieron todos muy gran alegría con él, é pusieronle sobre un caballo, é tornáronse para la hueste, é hicieron curar de las llagas de Baldwin é de su caballo, pero antes les contó Baldwin todo el fecho como le aconteciera con el rey Cornomaran, que iba á pedir acorro al soldan de Persia, así como habeis oido, é cómo le hobieran de matar las sanguijuelas; de aquello reyeron mucho los ricos hombres.

CAPITULO XXXVII.

De lo que hizo el rey Cornomaran.

Cornomaran, despues que se partió de Baldovin, envió sus mensajeros por toda la ribera á don Quequin de Domas, que guardase bien sus fortalezas, é sobre todo á Barvais é á Tabaria, é él anduvo por sus jornadas por tierra de Suria fasta que pasó la puente de la plata, é llegó á la noble cibdad de Sormazana, é falló hí al soldan de Persia, é posaba fuera de la cibdad en tiendas, é con él el rey de Nubia; é era otrosí con él Antipater el buen físico, é Tablante de Oroania, é el rey Altratas, é el rey Abraham de Rosia, é el rico hombre Sulcamen, é tenía cada uno dellos su hueste, porque el Soldan había oido cómo los cristianos tenían cercada la cibdad de Hierusalen, é queria enviar allá en acorro gran hueste. E Cornomaran, así como llegó, descendió de su caballo Plantamor, é entró luego al Soldan, é fucó los linojos ant'él; mas tomóle luego por la mano Arnabel é alzóle. E el Soldan demandóle luego cómo estaba Hierusalen é la caballería della, é díjole Cornomaran: «Señor Soldan, cristianos la tienen cercada con muy gran hueste, é han destruido toda la tierra en derredor é derribado todos los muros por muchos lugares, é muertos muchos de los nuestros, é hanos fallecida la vianda, é si acorro non habemos, ahína será tomada la cibdad.» Cuando esto oyó el Soldan, tornóse contra los otros reyes é díjoles así: «Esto gana la ley de Mahoma en no estar bien los unos con los otros los que en ella creemos.» Esto decía él porque poco tiempo había que la conquiriera el califa de Egipto, segun habeis oido. A esto respondió Cornomaran é dijo así: «Señor Soldan, en esto non han culpa los cibdadanos de Hierusalen, ni nosotros con ellos; que tan grande fué el poder de gente que envió el califa de Egipto, que non nos podriamos defender, é hobimos de dar parias é hacer homenaje de la cibdad; mas, señor Soldan, el rey Orbagan, mi padre, é todo el pueblo de Hierusalen te envia pedir por merced que les acorras.» Allí dijo el Soldan: «Sobrino, acorro habréis, é tan gran poder de gente, que si los cristianos fuesen carne cocha, todos los comerian los míos en un día; é yo quiero pasar la mar, é conquirir la tierra de los cristianos.»

CAPITULO XXXVIII.

Agora deja la hestoria de hablar desto, por contar de la hueste de los cristianos que estaba sobre Hierusalen, é de una vision que vió el obispo de Maltran.

Roberte, duque de Normandia, hizo ayuntar un dia todos los hombres honrados de la hueste, é díjoles que por qué non habían algun consejo ó algun acuerdo entre sí cómo tomasen á Hierusalen; que bien sabian cómo el rey Cornomaran fuera á buscar acorro, diciendo que tornaria muy ahína con el poder del emperador de Persia; é díjoles el obispo de Maltran que toviesen atencion en aquello que les queria decir, é era esto: que en aquella noche le fué mostrado una vision, que estaba en el monte Olivete un santo hombre encerrado en una cueva bien había quince años, é que les rogaba por Dios que fuesen allá todos; que antes que tor-

nasen, habrian tal consejo é tal acuerdo por do fuese luego tomada la cibdad; é ellos fueron al monte Olivete, é anduvieron aquel dia buscando á todas partes, mas quiso Dios que non le fallaron, como quier que hí estaba, é tornáronse para la hueste; é á la tornada vinieron al Obispo, é díjéronle que los burlara mal, é que ficiera necios dellos en les facer buscar cosa de que él non sabia parte. E díjoles el Obispo que ciertamente verdad era que aquel santo hombre hí estaba, é que él iria con ellos; é si non lo fallasen, que le quemasen á él en una foguera; mas que fuesen descalzos é con procesion. Todos acordaron estonces que ficiesen procesion, é levasen las reliquias que tenían, la cruz é la lanza con que nuestro Señor Jesucristo fué ferido, que fallaran en Antioea, segun que habeis oido, é que ayunasen aquel dia, é que rogasen á Dios que los enderezase de manera que hobiesen la cibdad; é Pedro el Ermitaño de la una parte, é Arnol, capellan del duque de Normandia, de la otra, hicieron aquel dia sus predicaciones muy buenas, como eran buenos clérigos é letrados. Otro dia de mañana fueron los altos caballeros con la procesion para el monte Olivete, é iba ahí el obispo de Albarra, é el obispo de Maltran delante, é levaban las reliquias en los hombros, fasta que llegaron á una cueva do estaba el ermitaño debajo de una peña; é luego que vió los cristianos, salió á ellos, é fizoles su sermon, é díjoles que les mandaba de parte de Dios que combatiesen la cibdad de Hierusalen, é fuesen á un valle que era allende del castiello que decian de Garcia, é que el rey Garcia, que se convirtiera, cuyo el castiello fuera, les mostraria aquel valle, é que fallarian hí madera, de que farian engeños é el carnero, é una grande algarrada, con que quebrantarian los muros; é en el monte de Belen, que fallarian verga, de que farian zarzós para cubrir los engeños; é despues que combatiesen la villa por fuerza, é que supiesen ciertamente que los mas pobres dellos la tomarian primero, é aquello seria por muestra que Dios non se pagaba de soberbia ni de orgullo. E mandóles que guardasen el dia de domingo, é ellos otorgaron que lo farian así, é mandó á todos que fincasen los hinojos é ficiesen la confision; é cuando ellos así estaban delante el ermitaño, llegó allí un mensajero, mas nunca lo pudo conocer ninguno de la hueste, é díjoles así: «Señores, yo soy cristiano é natural de Grecia, é prendíeronme galeotes de Egipto andando á pescar, é estove cativo diez é siete años ó mas, é un hombre bueno compróme poco há é quitóme por amor de Dios, é vine por mar, á manera de marinero, en una saetia de griegos, é pasé por Escalona en hábito de moro, é anduve todavía solo de noche fasta que llegué aquí; é quierovos contar nuevas muy espantosas: El califa de Egipto oyó cómo estaba cercada Hierusalen é envió sus mensajeros á Meca é á Marruecos é por toda la Berbería, é viene gran gentío por mar é por tierra, é la flota es ya llegada al puerto de Meca, que dicen Guisa, é vienen fasta mil velas, é sabed por cierto que son muy gran gente de pié é de caballo. Mas si vos pudiédes tomar esta villa, los muros son fuertes é vosotros sois buenos hombres d'armas, podervos heis defender dellos; que si fuera vos hallan, en gran peligro os veo.» A esto respon-

dió el conde Ruberte de Flándes, é dijo que Dios le diese batalla con ellos; é descendieron del monte Olivete con su procesion, é tornáronse para el monte Sion á sus tiendas; en esto los turcos de Hierusalen maravilláronse mucho de aquello que facian los cristianos, é allí do vieron la mayor priesa de la gente aventuraron sus saetas, é tiráronles dellas é firieron á muchos; é despues que entendieron que aquello que facian que era procesion, hicieron ellos otrosí la suya sobre los muros por escarnio de los cristianos, é desto hobieron muy gran despecho los pelegrosos.

CAPITULO XXXIX.

Cómo hicieron los cristianos otros engeños para combatir la cibdad de Hierusalen.

Otro dia en la mañana armáronse los ricos hombres, é levaron consigo maestros, é fuéronse para el valle do estaba la madera, é fué con ellos el rey Garcia, que los guió muy bien, é fallaron ciento é noventa é cuatro vigas muy buenas, que fueron allí traídas gran tiempo había, é despues nunca las pudieron dende sacar, é trajeron aquella madera para la hueste, é hicieron los maestros un gran engeño, que llaman en francés calabre, é hicieron otros engeños con sobrados, é un carnero, con que derribaban las torres é los muros é las peñas, é fueron al monte Belen por mucha urga, de que hicieron zarzós; é hizo facer el conde de Tolosa un castiello grande é alto é muy noblemente fecho, con sobrados é con saeteras, é cubierto de cueros crudos porque non lo quemase el fuego, é tirábanle sobre vigas, con ruedas é con carretones untados con sebo; é los que estaban á la torre del rincón, la cual decian la torre de Tranquer, hicieron otro castiello. E el duque Gudufre é el conde de Flándes é el duque de Normandia hicieron otro, é cada uno de los otros hicieron manganillas é otros engeños de tirar piedras. Mas uno hicieron que era muy grande, que decian el algarra (1).

CAPITULO XL.

Del acuerdo que hobieron, que se mudasen de aquel lugar do estaban, é cercasen la cibdad de la otra parte, é levasen allá los mas engeños.

Pusieron un dia cierto en que comenzasen á combatir la cibdad, mas el duque de Bullon é el duque de Normandia é el conde de Flándes vieron que de aquella parte que ellos tenían cercada la cibdad, que era mas fuerte é mejor bastecida de todas maneras de engeños é de mejores hombres d'armas, por do se deternian mas mucho por allí que non de la otra parte, é que non los podrian empecer por aquel lugar; é acordaron aquel dia en que habían puesto de combatir en una cosa que fue muy grave de hacer, porque todos los castiellos é los otros engeños que estaban de aquella parte leváronlos de noche por miembros allí do era la cibdad no tan bien cercada, entre la puerta de San Estéban é la torre de Tranquer, de la parte de setentrion, é aquello hicieron por la razon que es dicha, que la cibdad de aquella parte non era tan fuerte ni tan bien bastecida de gente ni de engeños como

(1) Así en el impreso; pero es probablemente error de imprenta ó del copiante, por *algarrada*.

la otra; é los ricos hombres velaron toda aquella noche, é tanto trabajaron, fasta que hicieron levar los engeños allí, é ponerlos cada uno en los lugares que debian estar asentados, é fué esto concluido ante que el sol saliese; é señaladamente en un lugar era el muro tan bajo, que por muy poco no alcanzaban los del un castiello á los que estaban en la torre del muro; é desde el lugar do ellos estaban hasta aquel do las levaron había mas de una milla, é los ricos hombres también se mudaron de noche é fincaron sus tiendas allí; en la mañana, cuando vieron los turcos los castiellos é los engeños alzados, é las tiendas del Duque é de los otros mudadas de allí do antes estaban, é hincadas en otro lugar, maravilláronse mucho cómo lo pudieran hacer tan ahína, é temióronse. E el conde de Tolosa había alzado un castiello que estaba cerca del muro, entre el monte Sion é la villa; é los que estaban cerca de la torre del rincón, que decian la torre de Tranquer, habían alzado un castiello muy grande; é aquellos tres castiellos parecíanse uno á otro en su hechura é en su forma, é eran cuadrados, é las costaneras que estaban hácia la villa eran cuadradas; así que, la una delantera poderla-hian echar sobre el muro é hacer della como puente. E por eso non estaba el castiello descubierto, antes todo cerrado, de manera que los de la villa non pudiesen hacer ningun daño á los que estaban dentro.

CAPITULO XLI.

De cómo combatieron los cristianos la cuarta vez la cibdad de Hierusalen.

Aquel dia que los cristianos combatieron esta vez la cibdad de Hierusalen fué claro é muy hermoso; é así como era ordenado, fueron armados todos los pelegrosos para combatir é llegar al muro; todos eran acordados en tomar ahína la villa ó morir, que ninguno dellos non tenia pensamiento de se salir afuera en este hecho; ca los viejos habían olvidado sus edades é los enfermos sus enfermedades, é todos se trabajaban quanto mas podían de la haber é levar los castiellos adelante contra el muro; é los de dentro non cesaban de tirar saetas é piedras grandes de las torres sobre los engeños, é toda su intencion era de hacer á los cristianos que se arredrasen de los muros. Pero los grandes caballeros é todos los otros pelegrosos non temían la muerte por amor de Dios, é cubríanse de escudos é de adaragas, é ponian vergas é zarzós ante los engeños para defenderse mejor de los golpes; é los que estaban en los castiellos non cesaban de tirar á los que estaban sobre el muro, é los otros tenían muchas sogas é cueridas de cáñamo, con que se esforzaban de tirar para llegar los castiellos adelante; así que, habían ya llegado hartos engeños é manganillas para tirar piedras. E desta manera se trabajaban todos en hacer daño á los de la cibdad, mas los que llegaban los castiellos cansaban é no tiraban tan bien, é los engeños que tiraban al muro hacían poco daño, porque los turcos colgaron de los muros sacas llegas de paja é de feno, é dellas de lana é aun dellas de algodón, é tapetes é fieltros é cueros. E otrosí, había dentro engeños mas que fuera, pero tan fuertemente los combatían

en tres lugares, que era maravilla, de manera que non sabía cuál dellos lo hacían mejor; é en esto los pelegrosos traían tierra é piedras para henchir la cava; é tanto la hinchieron, que la pararon igual de la tierra, que podían bien llegar los castillos al muro; é los turcos echaban fuego á menudo, é pez hirviente, é piedra sulfre, é aceite, é toda cosa que se pudiese abarvar el fuego é encenderse; é las piedras que tiraban los engños de dentro, tan grandes golpes daban en los engños de fuera, que recudían de allí donde herían, é á las veces mataban algunos de los cristianos; é los que combatían la villa, los unos amataban el fuego que les echaban los turcos, é los otros tenían aparejados cueros, con que atapaban los agujeros que hacían las piedras que tiraban los engños de la cibdad en los suyos. E en esto los cristianos teníanse muy esforzadamente, é siempre combatían; así que, duró el combatir todo el día, hasta en la noche oscura, que tornaron á sus tiendas por folgar é descansar; é dejaron los engños muy bien guardados, é los de la villa trabajábanse de echar de noche el fuego sobr'ellos, que mucho se tenían que subirían de noche los cristianos por escalas al muro, é guardáronse muy bien aquella noche, é andaban por las torres é por las calles, porque non pudiesen hacer traición, que ellos non viesen antes é la destorbasen. E los cristianos que estaban en las tiendas, todo su cuidado era de tornar otro día á combatir; acordábase cada uno de lo que hiciera el día ante, é departían en ello é hablaban, que dejaban muchas cosas que debieran hacer, é todos deseaban la mañana, é parecían que mucho era luenga aquella noche, é parecían que non trabajaran ese día de antes; tanto tenían en corazón de hacer lo mejor si se viesen en ello, é aun tenían esperanza que si tornasen á combatir, que habrían lo mejor.

CAPITULO XLII.

Cómo combatieron los cristianos la quinta vez á Hierusalén, é cómo mató una piedra de engño dos viejas é tres mozas, que encantaban las piedras, que non pudiesen tirar.

Otro día en pareciendo el alba despertó el pueblo, é fuéronse todos cada uno á su oficio, corriendo cuanto pudieron, los unos á pedradas, los otros á las manganillas, los otros á subir á los castillos. E los de la cibdad fueron otrosí muy prestos para defenderse dellos; así que, murieron muchos de la una parte é de la otra; mas los cristianos por aquello nunca dejaron de combatir nin mostraron cobardía. Una cosa acaesció allí entonces en aquella cerca de Hierusalén. Los cristianos habían una grande algarrada, que llaman en francés colafre, é hacía muy gran daño (1); é los turcos veían que no la podían quebrantar, porque estaba muy léjos, é hicieron venir dos viejas encantadoras para encantar aquella algarrada, que les facían muy gran daño con ella; é aquellas dos viejas encantadoras trajeron consigo tres mozas vírgines que les ayudasen á hacer encantamiento, é los de la hueste mirábanlas cómo estaban encantando, é estuvieron así como sobre el muro fasta que tiró la algarrada. E quiso Dios que la piedra que della salió, que las mató á todas cinco de aquel

(1) En la pág. 343, col. 1.ª, calabre.

golpe, é desfizolas de manera, que cayeron á pedazos del muro; é los de la hueste dieron estonce tan grandes voces, que era maravilla, é hicieron muy grande alegría por aquel golpe, é los de la cibdad hobieron mucho pesar, que bien entendieron que non era buena señal. E el combatir duró fasta mediadía; así que, nunca supieron cuáles lo ficeran mejor; é tanto combatieron, fasta que fueron enflaqueciendo é desmayando, é quisieron tirar los engños afuera, que fumeaban del fuego que les echaban los turcos, é esto fué un día juéves, é dijeron que dejasen de combatir hasta otro día. Los moros, cuando entendieron que los cristianos enflaquecían é se tiraban afuera, alegráronse mucho, é comenzaron á escarneecerlos é á dar grandes alaridos. Mas el rey de los tahures había hecho pregonar de muy gran mañana por toda la hueste que quien algo quisiese ganar, que viniese luego á él, é que él le daría, é llegóse bien diez mil que vinieron á él, é fué con ellos al monte de Belén á coger mucha verga, de que hicieron zarzos grandes é pequeños, con que pudiesen sufrir las piedras de los engños de la cibdad, é labraron todo el día hasta hora de nona; é mientras el rey tahir facía esta labor, los que combatían ante la puerta de San Estéban estaban causados, así como habeis oído; los que estaban de parte de monte Sion echáron una escala al muro, é un escudero, que era primo de Juan Dalís, subió encima dél, é vino priado un turco, é cortóle la mano derecha, é non se pudo tener, é cayó; é Remblante Tranquer subió en pos dél, é alcanzó al turco por medio de la cabeza con su espada, é levóle la mitad, é porque era él solo, tornóse abajo; é levantóse muy gran ruido por toda la hueste, é corrieron allá de todas partes; así que, de aquella venida llegaron hasta el muro, é tomaron las barbacanas; mas los turcos defendiéronse muy bien, é echáronles pez hirviente é plomo derretido, é despues de aquello echaron sobre ellos fuego grecisco, é comenzaron de arder las armas é los escudos. E entonces fueron todos quemados, sinon porque quiso Dios que se volvió el viento é tornó sobre los turcos, é fueron quemados muchos dellos, que estaban sobre el muro; é los que combatían tiráronse afuera, é mataron el fuego con el polvo de la tierra lo mejor que ellos pudieron; pero muchos hobo maltrechos, é vinieron las dueñas con el agua para dar á beber á los que lo habían menester, é mientras que los de la puerta de David amataban el fuego, los de la puerta de San Estéban, que estaban ya como cansados, cobraron corazón para combatir, é los ricos hombres descendieron á pié, é fueron estos: el duque de Normandía é el duque de Bullon é Tranquer, é cada uno de estos con sus caballeros vinieron á la puerta; mas los de dentro defendiéronla muy bien, é tiraron piedras é saetas muy espesas; é estonce se ayuntaron los cristianos todos é hicieron de sí un tropel, é alzaron los escudos é las adaragas sobre sus cabezas, é cubriéronse muy bien é llegaron á la puerta con palancas de hierro é hachas, é picos é mazos, é quebrantáronla, é comenzaron á entrar; pero había adelante otra puerta de hierro, que estaba colgada con cadenas, é dejáronla caer, é mató tres cristianos, é tan grande ruido hizo,

que tremía la tierra en derredor; é hobieron gran pesar porque non pudieron entrar por allí; é subían por la barbacana, é fuéronse para el engño, é tiráronle hasta que llegaron al muro, é el duque Gudufre subió encima é daba grandes voces, diciendo: «Caballería, no desmayés; que agora es tiempo de facer bien.» E fueron por el carnero, é tanto punaron con él fasta que lo llegaron al muro; mas los de arriba defendiéronse dél, como muy esforzados, con plumadas é con mazas é cañas, á pesar de los cristianos, é adobaron el muro, é pusieron defuera sacas de lana é vigas colgadas de sogas, é despues echaron pez caliente é piedra sulfre é plomo todo derretido sobr'ellos, é los cristianos non lo pudieron sufrir, é tiráronse afuera. E en esto llegó el rey de los tahures con gran gente de los suyos é de otros, é traían muchos zarzos, como oistes que hicieron, é en llegando dejáronse caer como á ciegas, con sus zarzos á cuestras, de dentro en la cava, é subieron á gatas arriba hasta el muro, é dellos traían unos palos así como forceas, é otros traían palos forrados, como palas, con que echaban la tierra sobre los zarzos, porque non les pudiese hacer daño el fuego ni el agua. Los que traían picos cavaban en el muro, é los otros que iban en las costaneras traían unas barras con garfios para derribar los sacos é los cueros é las vigas que estaban colgadas en el muro; é los otros que traían azadas allanaban la tierra é la cava, por do pasasen los otros, é otros que traían unas varas luengas con aquellos instrumentos que decían mañetas, con que alcanzaban hasta las almenas é al muro, con que hacían mucho enojo á los turcos; é adobaron sus zarzos en tal manera, que non temiesen agua ni fuego ni saetas, é estaban allí debajo seguros como so una peña; é así como cavaban el muro, así se metían debajo dél, por ser mas seguros de los de arriba, é lo que dejaban cavado en pos de sí, sosteníanlo con los cantos que sacaban del muro. E cuando Tomás de Merle vió aquello, conoció adó podía llegar aquel fecho, é fuése para el rey de los tahures, é rogóle mucho que le dejase combatir con sus caballeros allí, con tal partido que fuese su vasallo é toviere tierra dél, é que le ayudaría él, é que partiría é faría con toda su gente, como vasallo debe facer á señor. E el rey tahir otorgóelo muy de grado. Cuando vieron los turcos aquellos bellacos que estaban ya llegados al muro, vinieron de todas partes é trajeron fuego grecisco encendido, que parecía sangre, tanto era bermejo, é echáronlo en el carnero, é encendióse todo, é llegó el fuego al engño é comenzó á arder muy fuerte; mas vino el duque Gudufre con su gente á matar todo el fuego, é maravilláronse mucho cuantos lo vieron, é comenzaron estonce á desmayar los moros; é en esto comenzó á anochecer, é las gentes fueron cansadas, é las dueñas andaban preguntando si querían agua; é luego que escució tiráronse afuera los que combatían, é dijoles el duque Gudufre: «Señores, mucho desmayáis; é antes que viniésemos alabáades vos que si en salvo pudiédes llegar hasta Hierusalén, que comeríades sus muros con los dientes, é vévos agora muy cobardes; pues yo juro por el santo sepulero en que Jesucristo fué puesto, que nunca deste castiello me parta fasta que

Hierusalén sea tomada.» Cuando los ricos hombres esto oyeron al Duque, lloraron mucho, é pensaron en su corazón que non era bien desampararle, é quedaron por aquello en derredor del castiello por guardar al Duque, é velaron aquella noche dedentro é defuera muy apuestamente; é como tañían los instrumentos de placer, non hay hombre en el mundo que non lo amase oír; andaban en derredor de los muros con fachas encendidas é con grandes candelas ardiendo. Mas los tahures quedaron debajo del muro, é non cesaron toda la noche de cavar, de manera que pudiesen entrar; é así como hacían el agujero que pasaba el muro, cerrábanlo luego con los cantos que sacaban; que no osaban entrar hasta que los otros combatiesen; é así estuvieron hasta en la mañana.

CAPITULO XLIII.

De cómo combatieron los cristianos la sexta vez á Hierusalén.

Viernes era aquel día que los romeros tomaron la cibdad de Hierusalén, é conteció desta manera: levantáronse los cruzados por la hueste de mañana; é aparecióles un caballero de parte del monte Olivete, mas non lo conoció ninguno de los de la hueste, ni despues nunca lo vieron ni pudieron hallar; é comenzó á facer señas en un escudo, que era muy claro é luciente á maravilla, que viniesen á combatir; é el caballero era muy hermoso é su caballo; así que, cuantos lo vieron se maravillaron; é el duque Gudufre fué el primero que vió aquel caballero, é dijo al pueblo que viniesen á combatir, é que tomarían la cibdad muy cierto. É nuestro Señor púsoles luego en los corazones que fuesen muy alegremente; é de manera fueron todos á combatir, que los que eran feridos se levantaron é se armaron mas récio que ficeran el día ante, é los ricos hombres que eran cabdillos de la hueste metiéronse primeramente por dar á los pelegrosos corazón, é á los otros que ficesen bien; é entró en el pueblo menudo gran viveza é gran ardimiento, é las dueñas no cesaban de traer agua é piedra; que tan grande alegría entró en sus corazones, que todos comunmente decían que no debían haber miedo por cosa que les acaesciese con sus enemigos; é con aquella grande alegría allanaron muy abina la cava de la puerta de San Estéban, do estaba el duque Gudufre, é tomaron una barbacana muy fuerte, é levaron la bastida hasta que la allegaron al muro. E los turcos colgaron de la cerca sacas de paja é de algodón é tapetes para recibir los golpes de las piedras de los engños; é así como ya oistes, en derecho de aquel lugar por do venía el castiello estaban grandes vigas colgadas del muro; é tanto trabajaron los cruzados, que les tajaron las sogas é cayeron en tierra. Los que estaban sobre el castiello tomáronlas á muy gran peligro, é pusieronlas en pié igual de su castiello; é despues que entraron la villa, pusieronlas á par de las costaneras de aquel castiello; aquellas costaneras eran de flaca madera, é si non fuese por aquellas dos vigas, no pudieran sufrir la gente armada que sobr'ellas pasó; é entre tanto que aquestos facían lo que habeis oído, los que estaban de parte de setentrion, é el conde de Tolosa é aquellos que con él eran combatieron la cibdad muy esforzadamente; que tenían ya llena de tierra la cava en que